

olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con éste salí para Granada.

Allí principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria favorecer sino á quien diese buenas señales, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, temiendo pagar la pena de una conducta que de nada servia, y que no me era natural, pensaba declararme á favor de un oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon de su empleo, de una buena mesa, y de arrastrar coche, hacia el papel de señor, cuando ví la primera vez al marques de Marialba. Este señor portugues, que viaja en España por mera curiosidad, al pasar por Granada se detuvo. Fué á la comedia, y aquel dia no representé yo. Miró con mucha atencion á las actrices que se presentaron, halló una que le gustó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaba ya para convenirse cuando me presenté yo en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi portugues no pensó mas que en mí, y á decir verdad, como yo no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que entre las mugeres es natural esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.



CAPÍTULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario.



N el punto mismo que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroína de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la diosa Cotis¹. Mi hermana no dejó de presentar su hermano á esta figura añeja, y sobre ello mediaron grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dejé solas, diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del marques, que ella me enseñó. Fuí inmediatamente al cuarto que tenia alquilado, pagué á mi huésped, dí á un mozo mi maleta, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. Encontré á la puerta á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondí que sí, y me dijo:—Pues sea vd. muy bien venido, caballero. El marques de Marialba, de quien tengo la honra de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo: se le ha preparado á vd. un cuarto; si vd. gusta yo se lo enseñaré. Me subió á lo último de la casa, y me introdujo en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama muy estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitacion. Vd. no estará aquí muy á sus anchuras, me dijo mi conductor; pero en recompensa prometo á vd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Metí mi maleta en el armario, del cual me llevé la llave, y pregunté á qué hora se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente

¹ Era la deidad de los placeres voluptuosos.

fuera, y que daba á cada criado un tanto al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y conocí que los criados del marques eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una breve conversacion dejé al mayordomo, y fuí á buscar á Laura, entretenido agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias, y dije era hermano de Estela, todo se me franqueó. Hubierais visto las centinelas hacerme paso á porfía, como si yo fuera uno de los principales personajes de Granada. Todos los dependientes del teatro que encontré en el tránsito me hicieron profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector, es el recibimiento que con una seriedad cómica me hicieron en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya, y pronta á principiar. Los comediantes y comediantas, á quienes Laura me presentó, se agolparon hácia mí. Los hombres me confundieron á abrazos, y las mugeres en seguida, aplicando sus rostros pintados al mio, lo llenaron de arrebol y blanquete. Ninguno queria ser el último á cumplimentarme, y todos se pusieron á hablarme á un tiempo. No bastaba yo á responderles; pero mi hermana vino á mi socorro, y como tenia ejercitada la lengua, cumplió con todos por mí.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices: fué preciso aguantar los del tramoyista, violinistas, apuntador, despabilador y sota-despabilador; en fin, de todos los dependientes del teatro, que al rumor de mi llegada vinieron corriendo á ecsaminar mi persona: no parecia sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que jamas habian visto hermanos.

Entretanto empezó la comedia: algunos caballeros que estaban en el vestuario se retiraron á tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no representaban. Entre estos habia uno á quien llamaron y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente al sugeto á quien se le daba, me pareció haberle visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y ví que era Melchor Zapata, aquel pobre cómico de la legua que, como dije en el libro segundo de mi historia, estaba mojando mendrugos de pan en una fuente.

Al instante le llamé aparte y le dije:—Si no me engaño, vd. es el Señor Melchor con quien tuve la honra de almorzar un día á la orilla de una clara fuente entre Valladolid y Segovia. Iba yo con un mancebo de barbero, juntamos algunas provisiones que llevábamos con la de vd., y compusimos entre los tres una comida escasa, que se sazónó con mil conversaciones agradables. Zapata se quedó como pensativo algunos instantes, y despues me respondió:—Vd. me habla de una cosa de que sin

dificultad hago memoria. Entonces venia de Madrid, en donde habia salido para prueba en aquel teatro, y me volvia á Zamora. Tambien me acuerdo que mis negocios andaban de mala data.—Y yo por esas señas, le dije, vengo en conocimiento de que vd. llevaba un jubon forrado de carteles de comedias. Tampoco he olvidado que vd. se quejaba en aquel tiempo de que tenia una muger muy honesta.—¡Oh! por esa parte ya no me quejo, dijo Zapata con precipitacion: ¡Vive diez que la buena muger se ha enmendado en esto, y así mi jubon va mejor forrado!

Al ir á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza, tuvo precision de dejarme para salir á la escena. Con el deseo de conocer á su muger, me acerqué á un comediante, y le supliqué me la mostrase, lo que hizo diciendo:—Véala vd., esa es Narcisa, la mas linda de nuestras damas despues de la hermana de vd. Juzgué que esta actriz debia ser aquella á quien se habia aficionado el marques de Marialba antes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia acompañé á Laura á su casa, en donde ví muchos cocineros que estaban disponiendo una gran cena.—Aquí puedes cenar, me dijo ella. Nada menos que eso, le respondí; el marques querrá quizá estar solo contigo.—No, respondió ella, ahora vendrá con dos amigos suyos, y uno de nuestros compañeros, y si tú quieres, serás la sesta persona. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos.—Es verdad, le dije; pero todavia no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este cargo honorífico, debo antes emplearme en alguna comision de confianza. Diciendo esto, dejé á Laura, y fuí á mi hostería, donde hice ánimo de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.





CAPÍTULO IX.

Del hombre extraordinario con quien Gil Blas cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos.



DVERTÍ que en un rincón de la sala estaba cenando solo un fraile viejo vestido de paño pardo, y por curiosidad me senté en frente de él; saludéle con mucha urbanidad, y él no se mostró menos cortes que yo. Trajéronme mi pítanza, que principié á despachar con buenas ganas, y mientras comia sin decir una palabra, miraba frecuentemente á este raro personaje, y siempre le hallé puestos los ojos en mí. Cansado de su afán en mirarme, le hablé en estos términos:—Padre, ¿nos habrémos visto tal vez en otra parte fuera de aquí? Vd. me está observando como á un hombre que no le es enteramente desconocido.

Respondióme con mucha gravedad:—Si os miro con esta atencion, solo es para admirar la singular variedad de aventuras que están grabadas en las rayas de vuestro rostro.—A lo que veo, le dije con un aire burlon, vuestra reverencia sabe la metoposcopia.—Bien podria lisongearme de poseerla, dijo el fraile, y de haber pronosticado cosas que el tiempo no ha desmentido; no sé menos la quiromancia, y me atrevo á decir que mis oráculos son infalibles cuando he comparado la inspeccion de la mano con la del rostro.

Aunque aquel viejo tenia todo el aspecto de hombre sábio, me pareció tan loco que no pude dejar de reirme en su cara; pero en lugar de ofenderse de mi descortesía, se sonrió de ella, y despues de haber paseado su vista por la sala, y asegurándose de que nadie nos oia, continuó hablando de esta manera:—No me espanto de veros opuesto á estas dos ciencias que en el dia se tienen por frívolas; el largo y penoso estudio que requieren desanima á todos los sabios, que, despechados de no haberlas



podido adquirir, las abandonan y desacreditan. Por lo que hace á mí no me ha acobardado la oscuridad en que están envueltas, ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos químicos, y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no presumo, prosiguió, habiendo tomado nuevo aliento, que hablo con un jóven que conceptúe de sueños mis pensamientos. Una leve prueba de mi habilidad os dispondrá á juzgar mas favorablemente de mí, que todo cuanto pudiera deciros. Dicho esto, sacó del bolsillo un frasquillo lleno de un licor encarnado, y prosiguió diciendo:—Vea vd. aquí un elícsir que he compuesto esta mañana del zumo de ciertas plantas destiladas por alambique, porque á imitacion de Demócrito he empleado casi toda mi vida en descubrir las propiedades de los simples y de los minerales. Vd. va á experimentar su virtud. El vino que estamos bebiendo es muy malo; pues va á ser exquisito. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elícsir en mi botella, que volvieron mi vino mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupada la imaginacion, el juicio se extravía. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido de que era menester ser poco menos que diablo para haberlo hallado, exclamé lleno de admiracion:—¡Oh, padre mio! suplico á vd. me perdone si antes le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á vd. justicia; no necesito ver mas para estar convencido de que, si quisiera, podria hacer en un instante un tejo de oro de una barra de hierro. ¡Qué dichoso fuera yo si poseyera esa admirable ciencia!—El cielo os libre de tenerla jamas, interrumpió el viejo dando un profundo suspiro. Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de envidiarme, tenme mas bien lástima de haber tomado tanto trabajo para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto, temo ser descubierto, y que una prision perpetua sea el premio de todos mis afanes. Con este temor paso una vida errante, disfrazado unas veces de clérigo ó de fraile, otras de caballero ó paisano. ¿Y te parece que será ventajoso el saber hacer oro á ese precio? Y ¡las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que no las disfrutan con quietud?

—Ese discurso me parece muy sensato, dije entonces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir con sosiego; vd. me hace mirar con desprecio la piedra filosofal. Yo os estimaria que me vaticináseis lo que me ha de acontecer.—De muy buena gana, hijo mio, me respondió; ya he observado vuestra fisonomía: mostrad vuestra mano. Presentécela con una confianza que no me hará honor en el ánimo de algunos lectores, que en mi lugar acaso habrian hecho otro tanto. La ecsaminó muy atentamente, y al momento exclamó:—¡Ah! ¡y qué de tránsitos de la aficcion

á la alegría y de la alegría á la afliccion! ¡Qué série azarosa de desgracias y de prosperidades! Mas ya habeis experimentado una gran parte de estas alternativas de la fortuna; y no os restan mas desgracias que probar: un señor os dará un buen destino, que no estará sujeto á mutaciones.

Despues de haberme afirmado que podia estar seguro de su pronóstico, se despidió de mí, saliendo de la hostería, donde quedé muy pensativo de lo que acababa de oír.

No dudaba yo que fuese el marques de Marialba el tal señor, y por consiguiente nada me parecia mas posible que el cumplimiento del vaticinio. Pero cuando yo no hubiese visto la menor apariencia de ello, no me hubiera impedido eso el dar al fraile entero crédito: tanta era la autoridad que por su elícsir habia cobrado en mi ánimo.

Por mi parte, para acelerar la felicidad que me habia predicho, determiné servir al marques con mas afecto que lo habia hecho á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada con una alegría imponderable cual nunca sacó una muger de casa de las decidoras de la buena ventura.



CAPÍTULO X.

De la comision que el marques de Marialba dió á Gil Blas, y como la desempeñó este fiel secretario.



ODAVIA no habia vuelto el marques de casa de su comedianta; pero en su aposento encontré á los ayudas de cámara que jugaban á los naipes esperando su venida. Me introduje con ellos, y nos entretuvimos alegremente hasta las dos de la madrugada en que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme, y me dijo con una afabilidad que daba á entender volvía contento de su visita:—Gil Blas, ¿por qué no te has acostado? Yo le respondí que queria saber antes si tenia alguna cosa que mandarme.—Puede ser, dijo, te encargue por la mañana un asunto, y entonces te daré mis órdenes. Ve á descansar, y sabe que te dispenso de esperarme, pues me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia, que no dejó de agradarme, pues me escusaba la sujecion que algunas veces hubiera llevado con disgusto, dejé al marques en su cuarto, y me retiré á mi guardilla. Me acosté; pero no pudiendo dormir, seguí el consejo de Pitágoras, de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia, para aplaudir nuestras buenas acciones ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dejase de remorderme haber apoyado la mentira de Laura. Por mas que yo me decia para disculparme de que no habia podido decentemente desmentir á una muchacha que no habia tenido otra mira que la de mi bien, y que en algun modo me habia visto en la precision de ser cómplice de su engaño; poco satisfecho de esta escusa, yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el embuste, y que era demasiado descaro el querer vivir con un

señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin, despues de un severo escámen convine en que si no era un bribon me faltaba poco.

Pasando de aquí á las consecuencias, reflexioné que aventuraba mucho en engañar á un hombre de distincion, quien por mis pecados acaso tardaria poco en descubrir el enredo: una reflexion tan juiciosa aterró algun tanto mi espíritu; pero bien presto desvanecieron mi temor las ideas del contento y del interes. Por otra parte la profecía del hombre del elíxir hubiera bastado para tranquilizarme; y así me entregué á imágenes muy risueñas. Me puse á hacer cuentas de aritmética y á calcular para conmigo mismo la suma á que ascenderian mis salarios al cabo de diez años de servicio. A esto añadí las gratificaciones que recibiria de mi amo; y midiéndolas por su carácter liberal, ó mas bien segun mis deseos, tenia una intemperancia de imaginacion, si puede hablarse de este modo, que no ponía límites á mi fortuna. Tanta felicidad me concilió poco á poco el sueño, y me quedé dormido haciendo castillos en el aire.

Por la mañana me levanté cosa de las nueve para ir á recibir las órdenes de mi amo; pero al abrir mi puerta para salir, me admiré de verle venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dijo:—Gil Blas, al despedirme anoche de tu hermana, le ofrecí pasar á su casa esta mañana; pero un negocio de importancia no me permite cumplirlo. Ve y dile de mi parte cuánto siento este contratiempo, y asegúrale que aun cenaré esta noche con ella. No es esto lo mas, añadió, entregándome una bolsa con una cajita de zapa guarnecida de piedras; llévale mi retrato, y toma para tí esa bolsa, en donde van cincuenta doblones, que te doy en prueba de la amistad que ya te he cobrado. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa de mí tan poco merecida. Fui corriendo al momento á casa de Laura, diciendo en medio del esceso de alegría que me enagenaba:—¡Bueno, bueno! la prediccion se verifica visiblemente. ¡Qué fortuna es ser hermano de una buena moza que admite galanteos! Es lástima que no haya en esto tanta honra como provecho y utilidad.

Laura, contra la costumbre de las personas de su profesion, solia madrugar. Halléla al tocador, en donde, esperando á su portugues, añadía á su hermosura natural todos los atractivos auxiliares que el arte podia prestarle.—Amable Estela, le dije al entrar, imán de los estrangeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con un encargo que me dá esta prerogativa, el cual vengo á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de verte esta mañana, como lo habia pensado; pero para consolarte de esto, cenará esta noche contigo; y te envia su retrato, con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

Entreguéle la caja, que con el vivo resplandor de los brillantes de

que estaba guarnecida alegró infinito su vista. Abrióla, y habiéndola cerrado despues de haber considerado la pintura por mero cumplimiento, volvió á mirar las piedras: celebró su hermosura y me dijo con sonrisa:—Ve aquí unas cópias que las damas de teatro estiman mucho mas que los originales. Díjele en seguida que el generoso portugues al darme el retrato me habia regalado cincuenta doblones.—Me alegro infinito, me dijo ella. Este señor principia por donde aun raras veces acaban otros.—A tí es, mi querida, respondí yo, á quien debo este regalo, que el marques me hizo á causa de fraternidad.—Yo quisiera, dijo ella, te hiciera otros como ese todos los dias: no puedo ponderarte cuanto te amo. Desde el instante en que te ví, te amé tan estrechamente, que el tiempo no ha podido romper esta union. Cuando te eché de menos en Madrid, no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como á un hombre que volvía á su centro. En una palabra, amigo mio, el cielo nos ha destinado el uno para el otro: tú serás mi marido; pero antes es preciso enriquecernos. La prudencia ecsige que comencemos por aquí. Todavía quiero tener tres ó cuatro cortejos para ponerme en una situacion aventajada.

Dile cortesmente las gracias por el trabajo que queria tomarse por mí, é insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversacion que duró hasta el medio dia. Entonces me retiré para ir á dar cuenta á mi amo del modo con que habia sido recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto, compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarle de su parte; pero fué tiempo perdido, porque cuando llegué á la posada, me dijeron que el marques acababa de salir; y estaba decretado que no volveria á verle mas, como puede leerse en el capítulo siguiente.

